

Dichoso usted que sabe la hora en que muere

Jesús Francisco Conde de Arriaga



TODA HISTORIA ES POSIBLE EN UNA CIUDAD que se ha reinventado tres veces de sus cenizas, en donde sus templos esconden debajo de sus entrañas altares dedicados a ídolos más antiguos que los fustes entorchados, en donde cada una de sus calles se ensancha para reescribir sus historias una y otra vez. Es la ciudad de México, aquella que Alfaro describía a Zamora y a Zuazo cuando hablaba sobre la calle de Tacuba en 1554 en uno de los diálogos latinos de Cervantes de Salazar:

¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle.
¡Cuán larga y ancha!, ¡qué recta!, ¡qué plana! y toda empedrada, para que en tiempo de aguas no se hagan lodos y esté sucia. Por en medio de la calle, sirviendo a ésta de adorno y al mismo tiempo de comodidad a los vecinos, para que sea más agradable.

Es la ciudad que fue cantada por Bernardo de Balbuena porque en ella “se junta España con la China” y en donde:

el asiento,
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y Estado,
todo en este discurso está cifrado.

Es la urbe que ha sido refugio de la circunspección de nuestra décima musa, de combates fratricidas, de leyendas que se han alimentado de amores que se empeñan en sobrevivir al tráfico que nació de sus muros. Es la misma ciudad que en 1835 fue escrita desde la mirada del Conde de la Cortina, quien al contar la historia de Don Juan Manuel contaba también todo el enigma de las calles que serían cobijadas por viajeros y cronistas durante siglos: de los ya citados Cervantes de Salazar y Bernardo de Balbuena a Joaquín García Icazbalceta y don Artemio del Valle Arizpe, y de Luis González Obregón a Salvador Novo.

Vicente Quirarte y Bernardo Esquinca se han apropiado de los fantasmas que todavía pueblan la ahora calle de Uruguay y el Hospital de Jesús o el Antiguo Palacio de Medicina y la plaza de la Inquisición para ofrecer el primer tomo de *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la ciudad de México*. Esta antología busca ser, a decir de sus autores, el lugar de reunión de textos en donde la ciudad de México aparezca “como escenario fantasmal (...), hechicera, escenario activo, surtidor de tradiciones y leyendas o de sucesos que entran en la categoría de lo extraño, lo ajeno a lo doméstico: lo siniestro, la incursión en la otredad”.

Tanto Quirarte como Esquinca tienen en común la proclividad a ese otro rostro de las ciudades, de la realidad circundante y de sus cánones. El primero, nacido en la década de los cincuenta, tiene detrás de sí libros imprescindibles para comprender el género fantástico y sus diversos componentes: en ensayo, su *Sintaxis del vampiro* y su *Del monstruo considerado como una de las bellas artes* recrean en sus páginas figuras necesarias por vigentes como la naturaleza del monstruo, así como Bram Stoker, Jekyll y Hyde o Villiers de l'Isle Adam. En teatro, en compañía de Eduardo Ruiz Saviñón, Quirarte ha dado cauce a su pluma en *Retrato de la joven monstruo* —en donde se reconoce en la figura de Mary Wollstonecraft, quien después tomaría el



Ciudad fantasma. Relato fantástico de la ciudad de México (XIX-XX) Tomo I
Antología de Bernardo Esquinca y
Vicente Quirarte
México, Almadía
2013, 273, pp.

apellido de su marido, el poeta P.B. Shelley— y *El fantasma del hotel Alsace*, en donde Oscar Wilde “es hermano del fantasma de Canterville, un exquisito espiritual condenado (...) decadente, adorable y fuera de época, cómico y espeluznante”. Por su parte, Bernardo Esquinca ha cultivado los géneros detectivescos y fantásticos en libros como *Los niños de paja* y *Los escritores invisibles*, en ellos indaga en la parte oscura del ser humano, en sus temores y miedos recurrentes. De este modo, ambos autores, separados por dos décadas en su fecha de nacimiento, pero fraternizados por el gusto de algunas rosas y sus fantasmas, para recordar a Dorothea Tanning, nos otorgan una antología en la que la ciudad de México, junto a sus noctívagos habitantes, es la protagonista.

De *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la ciudad de México* puede asegurarse que es una antología que se aleja de los retratos conocidos de la “ciudad de los palacios”. Al elegir un género poco atendido en la literatura mexicana —aunque ciertamente no poco



Fotografías: Alejandro Arteaga

socorrido, ya que tenemos autores tan importantes como Amado Nervo, Bernardo Couto Castillo, Francisco Tarío y hasta Juan Bustillo Oro, entre muchos otros— este libro se separa inmediatamente de las múltiples lecturas que de esta ciudad han realizado escritores como Manuel Maples Arce —“Oh ciudad toda tensa /de cables y de esfuerzos /sonora toda / de motores y de alas”—, Efraín Huerta o Agustín Yáñez, o algunos más que se han cobijado en la crónica para dar fe de esta urbe como Ignacio Trejo Fuentes, Emiliano Pérez Cruz y José Francisco Conde Ortega. En esta antología es la realidad trastocada por un elemento extraordinario la que provee el hilo conductor. Acierto mayúsculo es conjuntar a autores tan conocidos como Salvador Elizondo y Alfonso Reyes con plumas menos advertidas como las de Bibiana Camacho o Gonzalo Soltero. El rescate de “Lanchitas” de José María Roa Bárcena o “La fiesta brava” —espléndido cuento de José Emilio Pacheco que nos recuerda la atmósfera de *Morirás lejos*— armoniza con el rigor prosístico de Héctor de Mauleón y la fértil imaginación de José Ricardo Chaves.

Los cuentos seleccionados en esta primera entrega comparten obsesiones y angustias; Salvador Elizondo, Mauricio Molina y Alberto Chimal crean y recrean personajes insólitos como el Candingas, el Borundas y la mujer que camina para atrás, respectivamente. El fervor por el pasado de Sergio González Rodríguez y Rafael Pérez Gay hermana en sendas sesiones espiritistas a D.H. Lawrence con Rubén M. Campos, Alberto Leduc y Ciro B. Ceballos. Lóbregas noches, departamentos perturbadores, miedos atávicos y compañías insospechadas nutren la atmósfera que se respira a lo largo de todo el libro. Así, es inevitable recordar

durante la lectura de cada uno de estos textos a autores tan emblemáticos como M.R. James, Polidori, Poe o pensar en los cuadros de John Quidor o Zdzisław Beksiński. Este primer volumen de la *Ciudad fantasma* se verá complementado con un segundo tomo en el que se unirán a los autores ya citados Bernardo Fernández Bef, Guillermo Samperio y Manuel Payno, por mencionar sólo algunos.

La única inclusión que parece discordar en la hechura y entramado de esta antología —aunque bien se tiene en mente que una antología es un acto de poder, para citar un lugar común— es el cuento de Ignacio Padilla, “El año de los gatos amurallados”. Parte de la prescindible generación del crack, Padilla pugnaba por “lograr historias cuyo cronotopo, en términos bajtinianos, sea cero: el no lugar y el no tiempo”. Así, con el fin de desligarse de referencias temporales y espaciales que le impidieran alcanzar la “universalidad”, el cuento aquí incluido tiene nombres tan absurdos para la ciudad de México como Maida y giros lingüísticos que parecen pertenecer a una mala traducción del inglés: “charca”, “desagüe” y “subterráneo”.

No obstante, esta *Ciudad fantasma* está habitada por cómplices de historias entenebrecidas, caminantes irredentos que encuentran a cada paso nuevos entes que los acompañarán en sus trayectos diarios, presencias ausentes que ya sea en forma de cadáver o de amor desdichado se aferrarán a la medula de los huesos y se enquistarán en la sangre. Así, sólo queda tomar esta gozosa antología, caminar por la antigua calle de Don Juan Manuel, esperar la hora indicada y la pregunta repetida por décadas. Llevar la vista a las manecillas del reloj y contestar: son las once de la noche. Y después, cerrar los ojos. ▀